

CONSIDERACIONES INTEMPESTIVAS SOBRE EL PRINCIPE NO ILUSTRADO

Abel Martín

1

Pocos son los que han tenido la oportunidad de asistir, como nosotros, al nacimiento y formación de un príncipe. Quizá por ello sea deber nuestro —y, al menos, placer— narrar tal acontecimiento y reflexionar sobre él.

2

La inseguridad del príncipe carente de ilustración le obliga a apoyarse en el gremio. La falta de ilustración le hace presa fácil del gremio, tanto más hambriento en épocas como ésta, de crisis económica y público privado. Apoyarse en el gremio es garantizar, cuando menos, su neutralidad, si no su cooperación, alcanzar la legitimación social de que tan necesitado está. El príncipe vela por el gremio con su poder; otra cosa, ilustración, no tiene. El gremio legitima la figura del príncipe mitificando su incultura. Nunca tanto corporativismo fue rasgo de la vida cultural.

Pero, aparte de lo negativa que tal mistificación pueda parecer, y ser, hemos de preguntar si es necesario un príncipe ilustrado, más aún, si es preciso fingir ilustración. ¿Por qué el príncipe no se dedica a su función principesca...? Cuando el absolutismo necesitaba legitimar el poder con la sanción de los mejores, la ilustración era un bien inexcusable. Ahora la legitimación discurre por caminos diferentes y el poder, se dice, viene del pueblo.

El dictador no necesitó legitimación cultural alguna. Descaradamente afirmó el poder del poder, pero, ¿acaso no es el poder lo que el príncipe pone en juego cuando lo extiende sobre el gremio a cambio de su apoyo?

3

El príncipe se levanta con un pintor. Si se levanta, es que con él se ha acostado y, como sucedía con las antiguas cortesanas, necesita dar publicidad a esta relación para sacar de ella todas sus ventajas: es **su** pintor, luego tiene pintores, como aquéllos monarcas que eran viriles por tener cortesanas.

4

Es muestra de mala educación descolgar los tapices de la propia casa y poner otros, un muestrario, para la llegada de los amigos americanos. Peor aún, pues además se exhibe la propia inepticia, poner tapices similares a los que ellos poseen a cientos: así verán hasta dónde se extienden los límites de su imperio.

Pero esto es lo que se ha hecho en el palacio del príncipe.

5

Afirma que lee y escucha música, pero el modo de **hablarlo** revela que lo dicho es falso: nada de esa lectura y esa música ha quedado en él. Los papanatas aplauden leyendo los mismos libros y escuchando la misma música, pero los papanatas sólo buscan el cobijo del poder... y el medro que ello pueda comportar.

Gusta de lienzos con poca pintura, quizá para no esforzarse demasiado en la apariencia del disfrutar: incluso la apariencia debe estar sometida al poder y vivir al día.

6

Estamos, se dice, en una época de realismo. Realismo político, realismo social y económico, ideológico y político, cultural. Tras los años —¿época?— de la utopía y tras la crisis hemos entrado en la afirmación del realismo.

El realismo ha apostado por la objetividad y claridad de la historia, se *ha subido* a ella. Identifica el movimiento histórico con su pensamiento realista que, dice, lo expone. Cuando tal iden-

tificación chirría, el poder del que se ha provisto le permite llevar las aguas a su cauce y proclamar ante todos lo acertado de su posición.

En épocas como esta, la cultura se somete también a tales exigencias, se aproxima al poder y lo alaba. Poco tiene que hacer en cuanto crítica: si la ejerce, será *apeada* de la historia. Pero algunos, al menos algunos, deben mantenerse frente a tanta objetividad y mantener la (que es ya) subjetividad de sus principios.

El realismo explica el que es rasgo principal de los últimos actos culturales: su profundo carácter social. La presentación ha sustituido a la lectura del libro, el canapé a la exposición, la relación de nombres en negrita a la crónica, el chascarrillo a la lucidez... Todos deseamos ser leídos, ser vistos, así se **demuestra** que estamos en las cosas, en la objetividad, en la historia... somos reales...

7

El príncipe hizo anteriormente gala de un populismo radical. Incluso al principio de su nacimiento y formación aplicó algunos de estos criterios. Lo hizo matizadamente, teniendo bien en cuenta la rentabilidad que de esas promociones podía sacar. El no había estado nunca con el pueblo, pero empezó a referirse al pueblo como si le conociese. Predicó una cultura de todos que muchas veces no era sino el reflejo de la ¿suya?

Paulatinamente, el príncipe parece haberse hecho más selecto y abandona las formas radicales e ingenuas del populismo. Aboca a otro no menos radical y no menos populista, aunque de sentido contrario: al atender sólo a lo social del acto cultural se **rodea** de los más selectos, y esa es la finalidad del acto, como antes lo era también el **rodearse** del pueblo. Al halagarlo se halaga a sí mismo.

A veces, los *más selectos* sonrían ante la tosquedad del príncipe, pero esconden su sonrisa para que el poder, despechado, no les expulse de sus jardines.

8

Hubo un tiempo en el que las relaciones política-cultura fueron nítidas, desnudas: el tiempo del barroco. Los monarcas absolutos, religiosos o civiles, espirituales o temporales, necesitaron de los cultos para crear sus reinos y, sobre todo, su imagen. En

el absolutismo religioso o civil, la imagen forma parte del estado y es pieza fundamental del reino.

Los artistas supieron hacer un estilo de imagen, buscador de efectos, en el que hasta el cartón piedra de lo efímero es verdadero. Supieron apresar en las imágenes el espíritu de la época y dieron al poder mucho más de lo que éste había pedido: sus obras trascendieron.

Ahora, cuando el mercado y la privacidad, el desarrollo de lo que se ha venido llamando la sociedad civil, parecían haber enviado las relaciones política-cultura por otros caminos, el príncipe no ilustrado reclama una vuelta al pasado y otra vez las institucionaliza. Pero ya no existe aquella pirámide jerárquica que hizo bueno el barroco a la vez que permitía su existencia. Ahora tiene que construirla de tapadillo porque, buen demócrata, ha de negarla y, persona vulnerable, debe protegerse de las críticas mordaces.

9

Asistimos a un insospechado renacer de imágenes neoclásicas. En él se articulan dos necesidades: ninguna otra imagen ofrece tantas garantías al poder como ésta en la búsqueda de unas señas de identidad, no hay otra que tanto pueda acercarle a la ilustración de la que carece. Pero son imágenes degradadas, porque el clasicismo negó toda trascendencia, incluso la del poder, al que aquí, sin embargo, se sacrifica.

Por eso apuntan a la segunda necesidad, a la que no satisfacen: la de identificarnos con la naturaleza, ser unos con ella, dominar la excisión y alcanzar la felicidad.

El clasicismo apunta siempre a la verdad y presenta la cosa en sí misma. Las imágenes que ahora renacen y se propician apuntan siempre a las propias imágenes, no a la cosa sino a su simulación, no al equilibrio sino a su representación. Contienen una añagaza de la que es difícil salir: por ello hay que poner en peligro la propia objetividad, la que el poder proporciona con su proximidad y amparo.